



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 29.

JUEVES 25 DE SETIEMBRE DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripción

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 30 rs.

SUMARIO.

MEJICO: Méjico desde los tiempos primitivos hasta su conquista por Hernan Cortés, por Gerónimo Lobo y Casal.—**SOR MARTA MARIA:** historia holandesa. (Continuación).—**PELAYO Y COVADONGA.**—**HISTORIA NATURAL:** el dragon.—**UNA LAGRIMA:** al Tajo, por Benito Vicetto.—**LA AGRICULTURA EN ARGEL,** por Rocet.—**EL JUDIO DE LAS ESPINAS,** por Grimm.—**CONOCIMIENTOS CIENTIFICOS.**—**PENEAMIENTOS.**

MÉJICO.

I.

MÉJICO DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA SU CONQUISTA POR HERNAN CORTÉS:

Es, y siempre será, un problema el origen de los pueblos del Anahuac, nombre en lo antiguo de la region mejicana. Los que han sostenido la opinion de que la América ha sido poblada por el Asia, creen ver el origen de los mejicanos en los Mogoles, á causa de la identidad de muchas palabras en los idiomas de ambos pueblos; pero esta opinion sostenida principalmente por Malte-Brun, ha sido victoriosamente destruida por Klaproth. Lo que está fuera de duda, es que los primeros pobladores de Méjico fueron los toltecas, pueblo gobernado por reyes, y en el que desde el año 667 hasta el 1052, no se contaron mas que ocho, por existir una ley que disponia que cada reinado durase 52 años, debiendo suplir la falta del rey, si este moria antes de dicho término, un consejo de nobles.

Invasión de la poblacion tolteca por una epidemia que hizo perecer las tres cuartas partes de los habitantes del Anahuac, otras tribus vinieron á ocupar esta region, siendo la mas importante de ellas la de los chichimecos, cuyo rey Xolotl fijó su residencia en Tanaguaca, seis leguas al Norte de Méjico. Entre las tribus que con los chichimecos se establecieron en el Anahuac, se contaba la de los aztecas, que fueron

los que se fijaron en el sitio que hoy ocupa la ciudad de Méjico, que en su fundacion, año 1325, no fue sino una reunion de cabañas de juncos. La forma de gobierno de este pueblo, fue en un principio la aristocrática hasta que, á causa de las muchas rivalidades que se suscitaban entre los nobles, se adoptó en 1352 la monarquía electiva, siendo proclamado rey Acamapitzin, que no hizo mas de bueno sino mantener en paz su pequeño estado. Murió en 1389, y fue elegido en su lugar, Huitzilihuitl, rey civilizador y guerrero, que murió en 1409. Le sucedió su hermano Chimalpopoca, pero menos feliz en la guerra, fue vencido por Maxtlaton, rey de los tapanecas, y perseguido por sus enemigos hasta Méjico, fue hecho prisionero en el momento en que para evitar la esclavitud iba á ofrecerse en holocausto á los dioses; fue encerrado en una jaula de madera en la que se ahorcó el año 1423.

Solamente un rey guerrero podia hacer salir á los mejicanos de la crítica situacion en que se encontraban, y por este motivo fue elegido Itzcoatl. Trató este rey las paces con Maxtlaton, pero no habiendo podido llegar á un avenimiento, tuvo lugar un raro acontecimiento, pues los nobles se ofrecieron á combatir al enemigo, bajo la condicion de que si vencian serian los dueños y señores del pueblo, y si eran vencidos se ofrecerian á los dioses en sacrificio. Aceptadas estas condiciones por una y otra parte, atacaron los nobles con todo arrojo á los tapanecas, y habiéndolos derrotado completamente, el pueblo perdió de buen grado sus derechos, siendo este el origen de la esclavitud y de la division de castas en el antiguo Méjico.

Muerto Itzcoatl en 1436, le sucedió Motezuma Ilhnicamina, que habia sido uno de los que mas habian contribuido á la derrota de los tapanecas, y cuya subida al trono se celebró con numerosos sacrificios humanos. Dilató este príncipe las fronteras de su reino, y estableció una especie de despotismo teocrático, dando á su corte el mayor esplendor. Murió en el

año 1464 adorado de su pueblo, y temido y respetado en todo el Anahuac, que lo distinguió con los nombres de *grande* y de *justo*. Le sucedió su primo Axajacatl, que siguió su misma política, y que como él celebró su subida al trono con una horrible matanza de prisioneros inmolados á los dioses: él mismo, llevado de su fervor religioso, abrió el pecho al rey de los tlatelolcas, cuñado suyo, que habia formado una liga de pueblos contra él, y le arrancó el corazon. Despues de haber llevado sus conquistas hasta las fronteras de Mechoacan murió en 1477, y entró á reinar su hermano mayor Tizoc, cuyo imperio fue oscuro y de corta duracion, terminando sus dias envenenado. Fue elegido para sucederle su hermano Ahnitztoll, que dió al imperio sus últimos límites, pero de lo cual no reportó su mayor gloria sino de la construccion del famoso templo del Sol, que, segun la relacion, probablemente exagerada, de Torquemada, se inauguró con el sacrificio de mas de 72.000 prisioneros.

Murió en 1502, y subió en este año al trono Motezuma II, hijo del rey Axajacatl. Habia mandado los ejércitos con valor, y ejercia tambien las funciones de sacerdote, por lo que no solo fue elegido rey, sino tambien sumo pontífice. En su eleccion se notaron las mismas circunstancias que en la eleccion del papá Sixto V. Apenas tuvo noticia de su eleccion, se retiró al templo, donde se le encontró barriendo el pavimento del santuario, puso algunos obstáculos antes de aceptar la corona; pero apenas esta habia descansado sobre sus sienes, cuando arrojando su capa de hipocresía, apareció tal como era, orgulloso y déspota. Tuvo, sin embargo, algunas buenas cualidades, pues administraba justicia, fomentó las artes y la agricultura, y creó hospitales para inválidos y ancianos. Por esta época el imperio azteca, que se extendia hasta las fronteras de Guatemala y de Yucatan, habia tenido que sostener guerras con las tribus vecinas no subyugadas, y estas guerras, aunque siempre coronadas por la victoria, no habian dejado de debilitar la confian-

za que los aztecas tenían en sus armas, y les habían hecho presagiar días mas desgraciados. La aparición de un cometa, el hambre, un ejército entero enterrado en la nieve de las montañas, una antigua tradición que prometía el imperio á hombres blancos y con barbas, todas estas cosas llegaron á infundir terror en el ánimo de Motezuma, que para tranquilizarse levantó un templo á la Tierra, y aumentó los sacrificios humanos, creyendo alejar tambien de este modo la tempestad que á lo lejos ya rugía.

Dos expediciones habían partido ya de Cuba en el año 1515 hácia las costas de Yucatan, mandada la primera por Fernandez de Córdoba, que visitó las islas y tierra firme de Yucatan, y que volvió á Cuba sin obtener grandes resultados, y la segunda al mando de Juan de Grijalva que recorrió los mismos lugares que la primera, y añadió algunos descubrimientos, llegando hasta la embocadura del rio de Banderas, en la provincia de Guaxacar, al que dieron los descubridores este nombre por haber visto en él por primera vez desplegados al viento los estandartes blancos de Motezuma; pero no creyéndose Grijalva bastante fuerte para emprender la conquista del país, se contentó con tomar posesion verbal de él en nombre de Carlos V, y se volvió á la isla de Cuba, cuyo gobernador Diego Velasquez, furioso contra Grijalva por no haber dejado en Méjico ningun establecimiento, dió á Hernán Cortés el mando de una tercera expedicion.

La buena fama que había adquirido Cortés en expediciones anteriores, y especialmente en una contra la Jamáica, fue la causa de su nombramiento, con perjuicio de otros candidatos mayores en edad, mas acaudalados y mas experimentados. Cortés no contaba mas que 32 años, y aunque conservaba la misma actividad de su juventud, tenía ya la prudencia, la sangre fria y la reserva de carácter que dan los años, y que son cualidades tan necesarias para llevar á cabo toda empresa grande. Los candidatos que habían quedado desairados y los numerosos envidiosos que tenía Cortés, no dejaron de influir por todos los medios posibles en el ánimo irresoluto de Velasquez para que revocase su nombramiento; pero enterado Cortés de estas intrigas, y aconsejado por varios amigos suyos, se hizo á la vela del puerto de Santiago de Cuba el 18 de noviembre de 1518, con 10 buques, 600 ó 700 hombres, y algunas piezas de artillería. Se detuvo la expedicion para completarse en Trinidad de Cuba y en la Habana, puntos ambos á los cuales ya habían llegado órdenes de Velasquez para detener y poner preso á Cortés; pero en ambos puntos pudo evadir dichas órdenes, en el primero, porque el magistrado principal Verdugo no las obedeció por su parte, y en el segundo, porque todos sus compañeros, oficiales y soldados, así se lo aconsejaron manifestando loco entusiasmo por la empresa, por lo cual dejaron á la Habana el 10 de febrero de 1519, desembarcando el 14 de marzo siguiente en la costa de Méjico.

Navegó costeando el golfo, tratando unas veces pacíficamente con los indios, y otras someténdolos á viva fuerza, y llegó á Tabasco, de cuya ciudad se apoderó despues de un combate bastante vivo, y en la cual se detuvo, tanto para dar descanso á su gente, como para tomar noticias del país, cuyos habitantes admirados de los buques y de los caballos y aterrados del ruido de la artillería, miraban como dioses á los españoles. Hicieron estos indios á Cortés un relato maravilloso del poderío y de las riquezas del monarca Motezuma, relato que acabó de escitar la ambicion que había guiado á muchos á aquella empresa, por lo que resolvieron emprender la conquista, principiando por fundar la ciudad de Veracruz, y nombrando á Cortés capitán general de la colonia naciente, despues de lo cual prendieron fuego á las naves, con ánimo resuelto á vencer ó á morir. Penetraron por el interior del país atrayendo á su campo á varios caciques enemigos de Motezuma, habiendo sido los tlas-

caltecas los únicos que se opusieron á su progreso y á los cuales derrotaron por tres veces, á pesar de haber resistido siempre este pueblo á los mejicanos.

Seguido ya no solo de sus soldados, sino además de 6,000 indios, siguió Cortés adelante su conquista hasta llegar á la misma capital del imperio de Motezuma, cuyo príncipe lo recibió con gran pompa y ostentacion, prosternándose sus vasallos ante Cortés, en quien creyeron ver al hijo del Sol. Cortés, á pesar de todas las pruebas de confianza que recibía de los mejicanos, no dejó de tomar precauciones, principiando por hacerse fuerte en uno de los palacios del mismo rey. Descansó en Méjico algun tiempo, pero no tardó mucho en saber que un general de Motezuma había atacado á la guarnicion de Veracruz, habiendo muerto algunos de sus soldados. Salíó en seguida Cortés á ver al rey, y con fiero ademán le intima en medio de sus oficiales, que se le someta ó que se resuelva á morir; exige que se le entreguen el general y los oficiales que han atacado á los españoles, y los manda quemar vivos á las puertas mismas del palacio; y volviendo á la morada de Motezuma, le manda poner unos grillos, obligándole á declararse vasallo de Carlos V. Motezuma se sometió á todo esto, y luego recobró una apariencia de libertad mediante la suma de 600,000 marcos de oro, y una cantidad asombrosa de piedras preciosas.

Vanagloriábase con justicia Cortés del éxito de su empresa, cuando tuvo noticia de que acababa de desembarcar cerca de Veracruz un ejército enviado por Diego Velasquez al mando de Pánfilo Narvaez. Dejó en Méjico 200 hombres, y marchó con el resto á hacer frente á quien venia á presentar este obstáculo á su empresa; pero no tardó en derrotar á sus compatriotas como había derrotado á los indios, y hecho prisionero Narvaez, obtuvo permiso de Cortés para volver á Cuba con los que quisieran seguirle, habiendo habido muchos que prefirieron seguir á Cortés. Al volver este á Méjico encontró á los mejicanos en revolucion con los españoles y con su rey, quien, deseando arengar á sus súbditos, pereció á manos de ellos, habiendo sido proclamado nuevo rey Guatimozin. Tuvieron que huir de Méjico los españoles, y hubiera tenido mal éxito esta conquista si en el valle de Otumba, en que encontró Cortés á los mejicanos formados en batalla para cerrarles el paso no hubiesen alcanzado una decisiva victoria. Al día siguiente penetraron los españoles en territorio de sus fieles aliados los tascaltecas, quienes animados por Cortés les siguen á Méjico. En el camino somete á algunas provincias vecinas hasta que llegan al lado de Méjico en donde cree conveniente prepararse para el sitio de la ciudad: con este objeto hace construir bergantines que puedan hacer frente á las piraguas mejicanas, y hace abrir canales desde Tezcuco al lago suficientemente anchos para que puedan navegar los bergantines.

Por espacio de tres meses luchó Guatimozin con los españoles, siempre con valor heroico y algunas veces con ventajas; pero al fin los españoles dan un ataque vigoroso y destruyen fortificaciones que los mejicanos creían inexpugnables. Entonces ya no atendieron mas que á poner en salvo su rey, escapándose á fuerza de remo las piraguas que conducían á Guatimozin y á su comitiva. El capitán García de Molquin se pone en su persecucion, ataca á la piragua que mandaba á las demás, y reconociendo en ella al rey lo hace prisionero. Conducido Guatimozin á presencia de Cortés, procuró sobreponerse á su desgracia diciéndole: «He cumplido los deberes de un rey; he defendido á mi pueblo hasta lo último; no me queda ya mas que morir. Toma tu puñal y pon fin á esta vida ya inútil.» Al llegar á estas palabras las lágrimas y los sollozos apagaron su voz, la reina se abandonó á su dolor, y el mismo Cortés no pudo contener el llanto. A la noticia de la prision del rey depusieron las armas los mejicanos, y en medio de grandes gritos y lamentos se sometieron á los vencedores. Así termi-

nó la conquista del vasto imperio mejicano. El sitio de la capital había durado 93 días y segun los cálculos mas moderados perecieron en él mas de 100,000 mejicanos.

La noticia de esta victoria causó gran admiracion en España, y Carlos V nombró á Cortés gobernador y capitán general de Méjico haciéndole donacion de la ciudad de Guaxaca, que fue erigida en marquesado. Así que Cortés vió consolidado su poder, se dedicó á poner término á la conquista no sin grandes trabajos, pues los indios procuraban por todos los medios sacudir el yugo, habiendo tenido que ahorcar á Guatimozin y á un gran número de caciques que conspiraron contra él. La popularidad de Cortés en Madrid y en toda España se hizo sospechosa á los ojos de Carlos V, quien bajo pretexto de separar la jurisdiccion civil de la militar, envió al nuevo país conquistado comisarios reales que con el nombre de Audiencia de la Nueva-España formaban un consejo civil y administrativo, que era el que en realidad gobernaba las provincias mejicanas. Herido el orgullo de Cortés por tanta ingratitud decidió, sin querer dar oídos á sus amigos que le aconsejaban que se declarase independiente, venir á Madrid persuadido de que triunfaria de sus enemigos y acallaría las sospechas de Carlos V.

El rey lo recibió de la manera mas lisonjera para él, lo condecoró con la cruz de Santiago y lo envió á Méjico con nuevos títulos aunque con menos autoridad. Olvidó Cortés sus resentimientos y en 1536 descubrió la California; pero cansado de nuevo de luchar con enemigos que no eran dignos de él, volvió por segunda vez á España. Esta vez lo recibió Carlos V con marcada frialdad, pero Cortés disimuló, y deseando volver á la gracia del emperador, le acompañó en 1541 á su expedicion contra Argel. Olvidado despues encontraba grandes dificultades para obtener audiencia por lo que un día, abriéndose paso por entre la multitud que rodeaba el coche del rey, subió al estribo: Admirado Carlos V le preguntó: «¿Quién eres?» y Cortés contestó con fiereza: «Soy un hombre que os ha dado mas provincias que ciudades os legaron vuestros antepasados.» Bajo el peso de tantos disgustos murió Cortés en su patria el 2 de diciembre de 1547, á la edad de sesenta y dos años, y despues de siete de llevar una existencia miserable, quien tan inmensos, tan heroicos servicios había prestado á su país. ¡Así pagaba en aquellos buenos tiempos España á sus fieles servidores.

GERONIMO LOBO Y CASAL.

SOR MARTA MARIA.

HISTORIA HOLANDESA.

(CONTINUACION.)

Cristina se separó bruscamente de su madre, diciendo:

—Ah, sí; vos no sabeis lo que es amar; mi padre no podía dejarse amar así.

—¡Calla, calla, hija mia!—repitió Anunciacion con energía.—¡Oh Cristina! ¡Cómo podré hablar, inspirar á tu corazon pensamientos de sosiego y de deber! Dios mio, bendice mis palabras, para que penetren el alma de mi hija: escúchame Cristina.

Anunciacion tomó las dos manos de la jóven obligándola á permanecer en pie delante de ella.

—Hija mia, todo lo ignoras en la vida; vas marchando al acaso y acabarás por estraviarte en el camino. Si, nuestros corazones están llenos de seductores deseos, de pensamientos infinitos; pero mira, Cristina, esta es la parte de nosotros mismos que debemos devolver á Dios en el cielo sin perder nada, nada sobre la tierra; es nuestra alma inmortal que se ahoga en este mundo transitorio, agitándose hasta llegar á su fin, el amor eterno de Dios. Todos los corazones juveniles, hija mia, han sentido las penas que desgarran el tuyo en este instante; unos, los mas nobles, han sabido combatir y

triunfar, los otros han sucumbido. Hija mia, la vida es escabrosa y dura, está llena de pruebas dolorosas y de terribles luchas; críme, Cristina, para nosotras las mujeres no hay felicidad ninguna verdadera fuera de los límites del deber. Pero aun cuando nos falte la felicidad en esta vida, nos quedan todavía muchas cosas: el bien tiene su elevación, como tiene su exaltación el amor: el honor, la estimación de todos, no son palabras vacías de sentido. Escúchame, adorada Cristina, no temes ofender á Dios, á ese Dios cuyo amor te enseñé desde la infancia?—Diríjete á él, Cristina mia, que Dios sabrá mejor que yo inspirarte ideas consoladoras. Hija mia, se ama en Dios á aquellos de quienes uno se aleja sobre la tierra. Dios, que en sus supremas leyes ha puesto tantos frenos al corazón de la mujer, ha visto sin duda en el porvenir todos los sacrificios que la imponía, y sin duda también tiene tesoros de amor guardados en el cielo para los corazones que han sabido resignarse y obedecer.

Anunciación enjugó con presteza las lágrimas que inundaban su hermoso rostro; y luego, tomando á Cristina por un brazo, añadió:

—De rodillas, hija mia, arrodillémonos ambas ante ese Cristo que está ahí. Apenas es de día ya, y sin embargo le vemos todavía; diríase que sus brazos se están abriendo para nosotras. ¡Dios mio, bendice á mi hija, salva y consuéla; Dios mio, apacigua las tormentas de su corazón, devuélvele la humildad y la inocencia!

Anunciación se levantó, y tomando en sus brazos á Cristina que se había dejado poner de rodillas y levantar á gusto de su madre, la besó con el mayor amor, inundó sus cabellos de lágrimas y la estrechó mil veces sobre su corazón.

—Hija mia, hija mia,—la dijo en medio de sus sollozos y sus besos,—dime una palabra, una sola que pueda servirme de esperanza; vamos, hija mia, no tienes nada que decirme?

—Madre mia, amo á Herbert,—respondió Cristina.

Anunciación miró con desolados ojos á su hija, al Cristo colgado en la pared, y al cielo que se descubría por la abierta ventana, y dejándose caer en una silla se quedó inmóvil y desalentada.

En esto se oyó tocar la campanilla anunciando la hora de comer. Mad. Van Amberg se levantó con presteza, y haciendo un gran esfuerzo para reunir sus ideas y espresarlas, dijo con voz ahogada:

—Mr. Van Amberg me ha mandado que te encierre en tu cuarto, donde no debes ver á nadie, y que le lleve la llave... me está esperando, y me voy.

—¡Encerrada!—esclamó Cristina,—¡encerrada! sola todo el día; ¡oh! primero me estrellaré contra esa tapia.

Anunciación repuso tristemente:

—Lo ha mandado así, y tenemos que obedecer, Cristina mia.

Anunciación se dirigió á la puerta, lanzando á su hija una mirada tan impregnada de cariño y dolor, que esta, medio cortada, dejó que hiciese lo que quisiera sin oponer resistencia ninguna. La llave dió una vuelta en la cerradura, y Anunciación bajó sosteniéndose en la barandilla de la escalera.

Cuando entró en la sala Mr. Van Amberg estaba solo.

—Mucho tiempo os habeis estado arriba,—la dijo;—¿os hallais bien convencida ahora de que vuestra hija estuvo esta mañana con Herbert, el estudiante?

—Sí, lo estoy,—murmuró Anunciación.

—¿Le habeis comunicado mis órdenes?

—Sí señor.

—¿Y la habeis encerrado?

—He encerrado á mi hija.

—¿Dónde está la llave?

—Aquí la teneis.

—Vamos á comer,—añadió Mr. Van Amberg dirigiéndose hácia la mesa: Anunciación quiso seguirle, pero faltándole las fuerzas, se dejó caer en un sillón que se hallaba allí junto.

Monsieur Van Amberg se puso á comer solo.

—¡Encerrada!—decía Cristina,—¡separada de la familia! ¡encerrada! ¡Oh! ¡con que creen que la pradera es muy grande para mí, lo mismo que la casa, y me dan una cárcel mas estrecha, para que tenga mas cerca las paredes! ¡Encerrada! ¡Me quitan el poco aire que respiraba, la poca libertad que supe conquistarme!

La jóven abrió la ventana cuan grande era, y asomándose á ella, se puso á mirar al cielo. El horizonte estaba muy oscuro; la noche había entrado ya completamente; gruesos nubarrones ocultaban las estrellas todas, no distinguiéndose por ninguna parte la mas leve claridad, y solo por las diferentes tintas de la oscuridad conocía Cristina los contornos de aquellos sitios que tenía medidos paso á paso.

Los sauces tan hermosos, cuando Herbert y el sol estaban allí, no ofrecían á sus miradas sino una masa negra é inmóvil; el mayor silencio reinaba por todas partes, y toda esperanza de felicidad era imposible ante aquella naturaleza que carecía totalmente de luz y de vida. Cristina sentía ya el ardor de la fiebre, aniquilada por mil causas diversas, por la indiferencia de los suyos, por la voluntad de hierro de su padre y dueño, y hasta por aquella noche fría y silenciosa como todo lo que la rodeaba. El corazón de la jóven latía con violencia, sublevándose contra su destino: queriendo desafiar la oscuridad en que se hallaba sumergida, abría sus ojos hasta que se cansaba en concentrar sus miradas sobre cosas invisibles; por último, desafiando en su interior la indiferencia que la rodeaba, abría al amor su corazón, amaba ardientemente al lado de aquellos seres de hielo, y proclamaba su pasión en alta voz, llena de orgullo y de felicidad; pero nadie estaba allí para oírla, y el viento de la noche se llevaba lejos de todo oído humano las ardientes palabras de amor que se escapaban de sus labios.

—Pues bien, ¡enhorabuena!—decía Cristina,—que hagan lo que les de la gana, seré tan desgraciada como quieran, y sufriré en silencio sin quejarme. Cuanto mas padezca por mi amor, tanto mas santo y divino me parecerá; habiendo sido siempre feliz, acaso me hubiera avergonzado de amar tanto; pero ahora que me quitan el aire, la libertad, ahora que me desespero y l'oro... ¡ah! ahora también me enorgullezco al ver que mi corazón palpita de alegría en medio de tantos males. Todo lo que hace verter lágrimas es santo y respetable: mis padecimientos ennoblecen mi amor, y le engrandecerán á los ojos de todos aquellos que se sonríen hablando de él.—Herbert, mi querido Herbert, ¿qué estás haciendo ahora? ¿estás pensando apaciblemente en el amanecer de mañana? ¿estás registrando la vela para ver si tiene algo que la impida el resistir al viento y llevar rápidamente por el río tu barquilla ligera? ¿ó estás durmiendo y soñando con los sauces de la pradera, el murmullo del agua y la voz de Cristina que te decía: ¿volveré? ¡Oh! no, Herbert, no puede ser; es imposible que estando tan unidos como nosotros, podamos experimentar impresiones tan diferentes en un mismo minuto. Tú estás triste, amigo mio, sin saber por qué, mientras yo lo estoy porque sé nuestra desgracia; esta es toda la diferencia que existe en este instante entre los dos... ¿Cuándo te volveré á ver?... lo ignoro; pero nos veremos; en tanto me deje Dios la vida, también permitirá que te ame!

Cristina cerró la ventana y se arrojó vestida sobre la cama; pero á poco tiempo tuvo frío, y envolviéndose en su manteleta, inclinó dulcemente su cabeza sobre su pecho: sus manos unidas una con otra para asegurar los pliegues de la seda que la cubría, se entreabrieron cayendo cada cual por su lado, y la jóven se quedó dormida en medio de sus lágrimas.

Los primeros rayos del sol, aunque bien débiles y oscuros, despertaron á Cristina, que saltó precipitadamente de la cama diciendo:

—Herbert me está esperando.

En esa edad, mas pronto se acuerda uno de la dicha que de las lágrimas. El amanecer de

aquel día fue para Cristina otra cita de amor, pero apenas anduvo algunos pasos cuando se acordó de lo que había pasado, encontrándose con su puerta cerrada. Entonces se fué á la ventana como la víspera por la noche, poniéndose á mirar por ella tristemente. En uno de los lados del horizonte parecía ocultarse un horno de luz cuyos resplandores se derramaban en el espacio amortiguados por las nubes que atravesaban. El blanquecino follaje de los árboles mujía con el viento, y apenas se distinguía el verdor de la pradera al través del espeso velo de niebla que el alba no había podido disipar aun. En aquel instante no se oía en la tierra el menor ruido; la naturaleza no se había despertado todavía. Bien luego una vela blanca pasó tocando la superficie del río, deslizándose ligeramente como el ala desplegada de un bello pájaro, despues se inclinó delante de los árboles, y luego se desplegó de nuevo, dando mil rodeos en un corto espacio, como si estuviera clavada en un sitio del río, sin poder alejarse. A veces y á largos intervalos, el viento traía hasta la ventana algunos vagos sonidos parecidos á las últimas notas de una canción, y despues la barquilla maniobraba de nuevo, y su vela se agitaba en los aires. A las tintas blanquecinas del alba sucedió la luz mas caliente del sol; la arena y el agua principiaron á tomar sus colores, viéronse circular personas por la ribera, algunas embarcaciones de comercio subieron el río, y todas las ventanas de la casita encarnada se abrieron de par en par para que entrara el aire de la mañana. La barca dejó caer su vela, y se alejó en silencio arrastrada por la corriente.

Cristina lo miraba todo llorando.

Dos veces durante el día abrió Gothón la puerta del cuarto de Cristina para llevarla de comer, y dos veces salió sin pronunciar una sola palabra: el día entero se pasó en el silencio y la soledad.

Cristina no sabía que hacerse para matar el tiempo; una vez se puso de rodillas en el suelo ante el crucifijo, con su rosario de alabastro en la mano; pero sus oraciones todas fueron por Herbert: la jóven oraba para volverle á ver, y ni un instante le vino la idea de rogar á Dios para olvidarle: luego, tomó la guitarra que estaba en la pared, y se la puso al cuello por la cinta azul, bien ajada ya, que tenía en Sevilla, y que jamás quiso cambiar su madre; pero al querer cantar algunas de las canciones que tanto le gustaban, la voz se quedó ahogada en su garganta, y no pudo hacer mas que echarse á llorar. Mas tarde cogió las hojitas de sauce del día anterior, y las puso entre las hojas de un libro para que se secaran y se conservasen; pero el día era horriblemente largo, y la pobre Cristina desolada, se agitaba en su cárcel con una angustia que iba creciendo por instantes: su cabeza estaba ardiendo, y apenas tenía aire que respirar. Por fin llegó la noche: sentada junto á la ventana, el frío la calmó un poco; pero como no le daban luz ninguna, las horas le parecían doblemente largas y penosas.

En tanto que Cristina se estaba lamentando, Wilhelmina se sentó por casualidad en el umbral de la puerta, poniéndose á cantar mientras hilaba. Cristina, regocijada al oír que hablaban junto á ella, se inclinó á mirar por la ventana.

—Hermana mia,—le dijo,—canta mas alto para que te oiga. Estoy encerrada aquí, y sola desde hace mucho tiempo; no tengo luz para trabajar, canta hermana mia para que te oiga.

Te compadezco,—Cristina,—respondió Wilhelmina,—y no creo que mi padre se enfade porque me ponga á cantar en el jardín; mucho me alegraré de poder distraerte algunos instantes.

Wilhelmina cantó uno de los *lais* mas antiguos de la poesía holandesa, canción insignificante y sin color, mil veces repetida en todas las lenguas del mundo; pero la voz de la jóven era fresca y pura; la canción era sencilla hasta el extremo; la noche estaba hermosa, y Cristina escuchó á su hermana con alegría.



Don Pelayo.

—Wilhelmina, — la dijo Cristina cuando acabó,—tienes una voz muy dulce, y es bastante triste tu canción; me ha servido de un gran consuelo el escucharte. Dime, Wilhelmina, ¿has estado á paseo esta mañana? ¿has ido muy lejos?

—He ido hasta la quinta con nuestro padre.

—¡Oh! hermana mia, ¡qué felicidad haber corrido por el campo! ¡Qué envidia tengo de aquel labriego que va por allí montado en su caballo! ¡Cuánto envidio ese pajarillo que salta de rama en rama buscando un abrigo para esta noche, y esta mosca que vuela al acaso: envidio todo lo que es libre, hermana mia!

—¿Puedo hacer algo por tí, Cristina? Siento mucho haberme reído de tus lágrimas esta mañana, y me alegraría poder dulcificar de algun modo tu cautiverio.

—Dios te lo pague, querida Wilhelmina. Sí, en verdad, puedes hacer una cosa que me llenará de gozo sin que haga correr ningun peligro. Mira, cuando te pasees en la pradera, junto al río, cógeme unas florecillas á la orilla del agua, y hazme un ramillete que me tirarás por la ventana; ya sabrás atinar, porque el dar

flores á los presos es una buena accion. Un buen ángel guiará tu mano y las flores caerán á mis pies.

—Hasta mañana, pues, Cristina. Ya están encendiendo la lámpara del corredor, mi padre está allí, y tengo que entrar pronto; no te incomodes, y ten paciencia y valor, hermana mia.

—Buenas noches Wilhelmina; te doy las gracias porque me has hablado. Da un beso mas á mi madre de los que tienes de costumbre, que ya adivinará que se lo envío yo.

Cristina se acostó; pero privada del ejercicio y movimiento á que estaba habituada, y presa de mil inquietudes, la pobre jóven no pudo dormir; se levantó en seguida, anduvo un poco en la oscuridad y se volvió á recostar; pero no por eso llegó el reposo á calmar un instante sus padecimientos; sus ojos encarnados de lágrimas é hinchados de llorar vieron salir de nuevo el sol, y esta vez sin ilusion ninguna, porque no había olvidado un segundo que estaba prisionera: á la misma hora se vió á lo lejos la velita blanca que siempre fiel á la cita se mostraba en el horizonte con el sol, todas las mañanas.

Cristina estuvo esperando todo el dia á su hermana Wilhelmina; pero solo Gothon interrumpió el completo aislamiento en que se hallaba. Acaso habían sabido su inocente conversacion con su hermana, y habían prohibido á esta el que volviera. Cristina no podia mas; agitada y muerta alternativamente, andaba, se sentaba, lloraba, murmuraba contra su suerte, y se ponía á orar. Por fin llegó la noche, pero no llegaron con ella las dulces canciones de Wilhelmina: nada vino á interrumpir el completo silencio que reinaba, las luces de la casa encarnada se fueron apagando una tras otra, y la jóven se quedó sumergida en la mas completa oscuridad. Sin embargo, Cristina se puso á la ventana, inclinada hácia fuera, y extendiendo los brazos hácia el cielo, sin sentir que estaba ya medio helada de frio: hacia lo que los pájaros que se rompen la cabeza contra la jaula sin esperanzas de poder salir; ella se inclinaba hácia fuera, poco le importaba el caer. El aire, el vacío tenían un atractivo magnético para aquella cabeza ardiente y exaltada, necesitando contenerse mucho para no abandonarse al deseo de dejarse caer sobre la húmeda yerba que tan repetidas veces había hollado con sus pies. De repente Cristina se estremeció pareciéndola que pronunciaban en voz baja su nombre des le fuera; en efecto, un instante despues la misma voz repitió:



Cueva de Covadonga.

—¡Cristina, hija mia!
—¡Oh! sois vos, madre mia, con este tiempo tan malo; entraos, entraos pronto, os lo suplico.
—He pasado en cama dos dias, hija mia, es-

tando un poco indispueta, pero esta noche que me siento mejor, conocí que me era imposible pasar mas tiempo sin verte, porque tu eres mi fuerza, mi salud, mi vida! ¡Oh! razon tuvistes, hija mia, en no quererte mar-

char, á estas horas estaria muerta ya! ¿Cómo estás, Cristina mia? ¿te dan solo lo necesario? ¿Cómo vives, ángel mio, sin mis besos y sin mi amor?

—Madre mia adorada, por piedad no esteis



El dragon.

cogiendo ahí la humedad de la noche; volveos á casa en nombre del cielo, vais á acabar con vuestra vida.

—Una palabra tuya me calienta, ahora vivo oyéndote hablar, corazon mio: lejos de tí es cuando siento el frio de la muerte; hija, Cristina, toma mil besos míos.

—Madre mia, los recibo de rodillas, con los brazos tendidos hácia vos: ¿cuándo os podré volver á ver?

—Cuando seas obediente, cuando nos jures que no irás á buscar á aquél á quien te prohiben ver. Hija mia, hazlo así, es tu deber.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿qué voy á hacer?... No: nunca prometeré que dejaré de amarle;

nunca, nunca renunciaré á la dicha de ir á vivir un instante á su lado! Madre mia, perdonadme tantas lágrimas como os hago verter.

—Te perdono, hija mia, te perdono. No son mis propias penas las que siento, sino las tuyas. Hija mia, ten valor, y llama en tu auxilio á la razon para tratar de obedecer.

—Oh, madre mia; yo habia creído que vuestro corazon sabia comprender aun aquellas cosas que ignora! habia creído que respetarais los sentimientos verdaderos del alma, y que nunca vuestros labios se abrirían para aconsejar el olvido; pero si yo pudiese olvidar, no habria sido y no seria, sino una jóven loca, indisciplinada y caprichosa, é indigna de me ecer

vuestra ternura. Si mi mal no tiene remedio, seré una noble mujer que padece y se sacrifica: ¿cómo madre mia, no podeis comprender todo esto?

—Bien lo comprendo,—murmuró Anunciacion, pero tan bajo que ya sabia que su hija no podria oirlo.

—No, madre mia, no espereis el fin de lo que no se acabará sino con mi vida. No me es posible arrancarme nada del corazon.

Y Cristina pensativa y apoyada en la barandilla de la ventana que estaba mojada, echó una mirada á las negras nubes que vertían sobre la tierra una lluvia menuda y sosteni'a.

—¿Pero es acaso una cosa extraordinaria el

amar hasta la muerte? ¿No le ha sucedido nunca á nadie al abrir los ojos el hallar una imagen querida en que fijarlos hasta el momento en que se cierran para siempre? Nada sé de la vida, es verdad; pero me escucho á mí misma y oigo una voz interior que me grita: ¡No puedes dejar de amar!... Madre mia, habládle á mi padre, reuniendo para ello todo el valor que os falta cuando se trata de vos misma; habládle atrevidamente, repetidle lo que os estoy diciendo, pedidle mi dicha y mi libertad.

—¡Yo, hija mia, yo!—esclamó Anunciación con la mayor sorpresa, —¡yo atreverme á contrarestar los planes de Mr. Van Amberg!

—No á contrarestarle pero á suplicarle y hacer ver á su corazón lo que hay dentro del mio: ¡obligarle á que abra los ojos y que vea! Estoy aquí encerrada, mis hermanas no saben nada, y mi tío Guillermo no ha amado nunca! solo los labios de una mujer pueden espresar tamaños padecimientos.

—¡Oh! hija mia, hija mia, no sabes lo que me estás pidiendo, eso es superior á mis fuerzas.

—Estoy pidiendo á mi madre una prueba de su amor, porque sé que me la dará.

—Sí, pero acaso me costará la vida. Mr. Van Amberg puede hacerme morir con sus palabras.

Cristina se estremeció.

—Entonces, madre mia, no lo hagais. Perdonadme, he sido una egoísta no acordándome mas que de mí. Si mi padre ejerce sobre vos una influencia tan terrible, no os espongaís á su cólera, esperemos confiando en Dios.

Hubo un instante de Silencio.

Hija mia,—repuso Mad. Van Amberg,—puesto que no tienes en el mundo mas apoyo, mas esperanza que yo, y me acabas de llamar en tu socorro, iré y le hablaré: el cielo decidirá de nuestra suerte.

(Se continuará.)

PELAYO Y COVADONGA.

Hé aquí dos nombres de grato recuerdo para la nación española, para cuantos aman la independencia de su patria ¡Pelayo! símbolo de la independencia de los antiguos españoles: ¡Covadonga! sitio en donde se echaron los cimientos de nuestra poderosa monarquía.

Cuando la invasion agarena destruyó en nuestro suelo la antigua monarquía gótica, refugiáronse los españoles que no quisieron admitir el ominoso yugo de los vencedores en las montañas de Asturias desde donde pensaron en reconquistar palmo á palmo el territorio de sus padres. A este fin no solo se agruparon en torno de la santa cruz que les servía de enseña, sino que proclamaron por rey ó caudillo en el año 718 á don Pelayo, hijo de Favila y nieto de Chindasonito, pues reconociendo en él las dotes de un guerrero y las virtudes de un monarca creyéronle á propósito para inaugurar la reconquista. Asegúrase que tambien habia dado á conocer su celo por la religion católica, pues recogiendo todos los vasos sagrados, ornamentos y reliquias de las iglesias que aun no habian sido presa de los enemigos, los condujo en el centro del pequeño ejército que logró reunir y conservarlo en lo mas recóndito de Asturias.

Los arabes si bien miraron al principio con desden los patrióticos propósitos de un puñado de valientes conocieron pronto que desde las alturas de aquellos inaccesibles montes bajarían los reconquistadores del país que habian subyugado y pensar en desalojarlos de tan insuperable punto. Pero todo en valde. Empeñada una lucha de las mas violentas cuando era sin tregua ni piedad, quedaba siempre la victoria por los españoles que sin las comodidades de su hogar y en medio de las inclemencias del tiempo lograban prepararse para el combate como unos verdaderos leones. La suerte protegía á nuestros bisabuelos, pero su reconquista hubiera sido quizá mas lenta y penosa si un hecho para siempre memorable no hubiese hecho

resonar su valeroso comportamiento por los ámbitos todos de la monarquía. Los sarracenos determinaron atacarles en el corazón mismo de sus guaridas, no contento con que don Pelayo emboscaba sus soldados en las cuevas de Covadonga desde donde cayendo de improviso sobre los enemigos derrotó un numeroso cuerpo de tropas árabes, de las que quedaron tendidas entre aquellos peñascos y derrubaderos mas de veinte mil hombres. Desde entonces la reconquista adelantó notablemente y pudieron formar mas adelante los reinos de Oviedo y de Leon, y á pesar de los esfuerzos de los sarracenos por contener su engrandecimiento, no pudieron conseguirlo, pues no menos valientes los españoles continuaron avanzando rápidamente.

Mas adelante, al pié de la famosa cueva se edificó un monasterio llamado de Santa María de Covadonga, construido de un modo extraño con madera encajonada á pena tan escarpada que solo permitia el acceso por escalera. Destruído por un incendio en 1775, fue reconstruido en 1781 por orden de Carlos III, bajo los planos de Don Ventura Rodriguez. A través de una reja se lee esta inscripcion que se supone relativa á dos trozos piramidales considerados como las urnas cinerarias de don Pelayo y Hormesniden:

AQUI YAZE EL S. REV D. PELAYO
ELLETO EL AÑO DE 716 QUE EN
ESTA MILAGROSA CUEBA COME
NZO LA RESTAURACION DE ESPA
ÑA BENZIDOS LOS MOROS FALLECIO
ANNO 747 Y ACOMPAÑA SU MUGER Y ERMANA.

HISTORIA NATURAL.

EL DRAGON.

Distínguense desde luego los dragones de todos los demás reptiles del mismo orden por un carácter de lo mas notable, cual es la extension horizontal que toma la piel de sus costados para formar á cada lado una especie de ala, sostenida en su espesor por las seis primeras costillas falsas. Estas alas, de la figura de un hemicíclo, y apenas tan anchas como largos los brazos, son completamente independientes de estos sin adherirse mas que al borde anterior de la raíz de los muslos. En el estado de reposo el animal las tiene dobladas á lo largo de su cuerpo á la manera de un abanico, con cuyas varillas se pueden hasta cierto punto comparar las costillas ligeramente aplanadas; sirviéndose de ellas tan solo como un paracaídas cuando quiere saltar de una á otra rama. La cabeza de los dragones es corta, de contorno triangular, obtusamente redondeado por delante. Protegen su cara superior varias escamitas de desigual diámetro y á menudo aquilladas. Las narices pequeñas, circulares y tubulosas, se abren á cada lado de la punta del hocico, dirigidas unas veces hácia arriba é inclinadas otras lateralmente. La superficie de la lengua es fungosa, y su punta redondeada y entera. A veces no se cuentan mas que tres incisivos entre los dos pares de laniaras de la mandíbula superior; pero otras hay cuatro. En la inferior solo se ven cuatro dientes anteriores. Los molares son tricúspides. El cuello presenta realmente tres papadas, una inferior y dos laterales, con un estilete óseo del hioides en el espesor de cada una de ellas. Estas papadas triangulares están á menudo muy desarrolladas, y particularmente la de la region inferior del cuello. En ciertas especies no se ve la menor apariencia de oreja al exterior; pero en otras varias se halla indicado este órgano por una membrana timpánica circular de pequeño diámetro. Los dragones tienen el cuello ligeramente comprimido, redondeado por encima y á menudo con una pequeñísima cresta escamosa. El tronco presenta por el contrario una depresion muy pronunciada, con escamitas recargadas y aquilladas en sus dos caras superior é inferior. En muchas especies se nota á cada lado del dorso una serie longitudinal de pequeños grupos de esca-

mas tuberculosas. Las dos superficies de las membranas alares están sembradas de escamitas lisas, subovales, á menudo muy estrechas. Los dos pares de patas son con corta diferencia de igual longitud, pero las posteriores están mas aplanadas que las anteriores, y tienen además dientes escamosos á lo largo de su borde posterior.

UNA LÁGRIMA.

AL TAJO.

¡Cuái plaee ver entre flores,
bajo un cielo de colores,
el río de Garcilaso,
el río de los amores,
cuando el sol llega á su ocaso!...

VICTOR BASBEN.

Corre, corre dulcemente
río azul de arenas de oro:
las aguas de tu corriente
lleva hasta el mar de Occidente
al pié del ángel que adoro.

Allí, cuando el sol brillante
al asomar centellante
de luz arroje un raudal,
reflejarás su semblante
en tu trémulo cristal.

Y si su pecho querido
exhalara entre la bruma
algun suspiro perdido,
en la plata de tu espuma
ténlo para mi escondido.

Corre, Tajo placentero,
corre al atlántico mar
y de allí al cántabro fiero,
y al ángel que tanto quiero
recuérdale mi penar.

Toma:—una lágrima mia
va flotando entre tus ondas:
si á la luz de un claro día
ella mira hácia la ría
¡oh, Tajo! no se la escondas!

Y si eres tan cariñoso
que esa lágrima le enseñas,
bien harás, el caudaloso,
porque al fin, aunque es penoso,
lágrimas quebrantan peñas.

Esa lágrima preciada,
en tus ondas engarzada
lleva al artabro horizonte:
no la dejes olvidada
ni en el valle, ni en el monte.

Llévala, Tajo, entre rosas,
entre sus aromas suaves,
á nuestras playas hermosas;
y ocúltala de las aves
no la roben caprichosas.

Corre así, el vergel de España,
corre el vergel lusitano...
y ahora ¡oh, Tajo! en verano,
si ella en tus ondas se baña,
cuando formes ya océano;

Haz que esa lágrima, ardiente
por el amor que atesoro,
al recogerla en la frente
quede en su seno turgente
para que *sienta* mi lloro!

Quede allí, en el ángel mio
como espresion de mi pena;
quede allí en su seno ¡oh, río!
como perla de rocío
temblando en una azucena.

Adios!—corre entre las flores
reflejando sus colores
¡oh río de Garcilaso!
¡oh río de los amores!

que el sol ya muere en su ocaso;
Y al primer rayo del día,
cuando ondula á su albor
allá, en la artábriga ría,
haz de esa lágrima mia
cuanto te ruega mi amor!

BENITO VICETTO.

LA AGRICULTURA EN ARGEL.

En los jardines de Argel se encuentran casi todos los árboles de recreo que hay en nuestros

climas; los *catalpos*, los *árboles de Judea*, las *hortensias*; las *acacias*, etc.; se ven allí muy frecuentemente paseos de *cipreses*, y algunos de estos árboles aislados se elevan á una gran altura.

Los jardines de las personas ricas están muy adornados y cuidados con esmero; se cultivan en ellos muchas flores, que se hallan mezcladas sin orden unas con otras. Durante el verano, la diversidad de colores y formas de todas ellas presenta una vista agradable; pero las que se pasan no pueden reemplazarse fácilmente, y sus tallos secos hacen un desagradable contraste en medio de las platabandas. Las flores que se cultivan en Argel son las mismas que en nuestros climas de Europa.

Las huertas no ofrecen la variedad de legumbres que se observa en las de Europa. Cuando llegamos á Argel en el mes de junio, época en que la vegetación se halla en plena actividad, no encontramos mas legumbres que *cebollas*, *pepinos*, *calabazas*, *pimientos largos* y *tomates*; á esto poco mas ó menos se reducen las legumbres de Berbería; sin embargo, por el mes de noviembre encontramos en las huertas de Medeya una gran cantidad de repollos muy buenos; pero en ninguna parte vimos *zanahorias*, *rábanos*, *salsifis*, etc.; estas excelentes raíces parece que son desconocidas de los argelinos. En los campos cultivan estos pueblos los *guisantes*, las *lentejas*, las *habas* y los *garbanzos*. Estas legumbres prosperan muy bien, y componen una gran parte del alimento de la gente pobre del campo.

Se cultivan muchos *melones* y *calabazas* en toda la Berbería. Los árabes y bereberes los comen en gran cantidad. Los melones almizclados y las sandías son muy comunes; se cultivan en las montañas del Atlas así como en la llanura y en las cercanías de Argel. Son un gran recurso para todos los habitantes de la comarca, contra los calores del verano. Despues de las *sandías*, la especie de melon mas comun es la misma que se ve ordinariamente en nuestros países; los melones no son mayores, pero sí mejores que los nuestros.

Las patatas se cultivan en la regencia de Argel; pero no se dan bien; las que hemos visto no son mayores que huevos de paloma. Hemos encontrado campos de patatas en las cercanías de Argel; eran buenas de comer en el mes de junio. Al llegar á Belida, el 15 de noviembre, las encontramos en el mismo estado que en nuestro país en el mes de julio; se arrancaron una gran parte, y se recogieron tambien muchas como nueces muy buenas de comer. Estas patatas habian sido plantadas en los primeros dias de agosto, lo que prueba que se pueden coger dos cosechas al año. Estas son poco mas ó menos las legumbres cultivadas en las huertas de Argel, pero con poco trabajo se podrian hacer crecer todas las de nuestros climas, sembrándolas en el mes de febrero, época en que la tierra está todavía muy húmeda, se obtendría una cosecha abundante en todo el mes de junio, y por medio de los riegos artificiales se podrian tener todo el año.

ROZET.

EL JUDIO EN LAS ESPINAS.

Un hombre muy rico tenia un criado que le servia con la mayor fidelidad: era el primero que se levantaba por la mañana y el último que se acostaba por la noche. Cuando habia alguna cosa difícil que hacer de que huian se ponía siempre á hacerla sin vacilar: nunca se quejaba y siempre estaba alegre y contento. Al espirar el plazo de su ajuste, el amo se guardó muy bien de pagarle, pues creía en su interior que de aquella manera ahorraría su salario, y el criado no pudiendo marcharse continuaria á su servicio.

El sirviente no reclamó su salario: el segundo año sucedió lo que el primero, tampoco recibió su asignación, pero no dijo nada y continuó con su amo.

Al concluirse el tercer año el amo comenzó

á recelar; llevó la mano á su bolsillo pero no sacó nada. El criado se decidió por fin á hablarle.—Señor, le dijo, durante tres años os he servido con la mayor fidelidad, creo que sois bastante bueno para darme lo que en justicia me pertenece, pues quiero marcharme á ver el mundo.

—Sí, amigo mio, le contestó su amo, si, me has servido bien y te pagaré bien.

En seguida sacó del bolsillo seis maravedís y los contó:—Té doy le dijo, dos maravedís por cada año que me has servido, lo que hace una buena cantidad: en ninguna parte te hubieran dado un salario mucho mayor.

El pobre muchacho que no entendia el valor de las monedas, tomó su capital diciendo:—Ya tengo el bolsillo bien repleto, ¿qué cosa mala puede sucederme ahora?

Se puso en camino por valles y montes cantando y saltando con la mayor alegría. Al pasar cerca de una zarza vió á un hombreillo que le dijo:—¿Dónde vas tan alegre; se conoce que no tienes muchas penas á lo que veo?

—Por qué he de estar triste, contestó el joven, si soy rico y llevé en un bolsillo el salario de tres años.

—¿A cuánto asciende tu tesoro? le preguntó el hombreillo.

—A tres ochavos en buenas y bien contadas monedas.

—Mira le dijo el enano, yo soy un pobre que está en la última miseria, dame tus tres ochavos, no puedo trabajar pero tú eres joven y ganarás con facilidad el pan.

El joven tenia buen corazon, se compadeció del hombreillo y le dió sus seis maravedís diciendo:—Tómalos por el amor de Dios, pues yo puedo muy bien pasarme sin ellos.

Entonces le replicó el enano:—Tienes un excelente corazon: piensa tres cosas y por cada ochavo que me has dado obtendrás una de ellas.

—¡Ah! repuso el joven ¿te picas de mágico? Pues bien si es así, quiero en primer lugar que me des una cerbatana que no hierre nunca el blanco, lo segundo un violin que haga bailar á todos los que le oigan tocar, y por último quiero que cuando yo dirija una pregunta á alguno se vea obligado á contestarme.

Puedes contar con ello, le dijo el enano, y entreabrió la zarza donde se hallaba oculto el violin y la cerbatana, como si los hubieran depositado espresamente allí y se los dió al joven añadiendo:—Cuando pidas alguna cosa nadie podrá negártela.

—¿Qué mas puedo desear? se dijo el muchacho asimismo y volvió á ponerse alegremente en camino.

Un poco mas allá encontró á un judío con su larga barba de cabrito que se hallaba inmóvil escuchando el canto de un pájaro colocado en lo alto de un árbol.

—¡Maravilla de Dios! exclamaba que un animal tan pequeño tenga una voz tan grande! Quisiera cogerle, ¿pero quién se encargará de ponerle la sal debajo de la cola?

—Si no es mas que por eso, dijo el muchacho, pronto estará el pájaro en el suelo, y apuntó tan bien que el animal cayó en una zarza que habia al pié del árbol.

—Anda, pícaro, dijo al judío, coge tu pájaro.

El judío se puso en cuatro pies para entrar en la zarza; en cuanto estuvo en medio de ella, el muchacho por divertirse un rato, tomó su violin y comenzó á tocar. El judío empezó en el acto á menear los pies y á saltar y conforme el violin sonaba mas á prisa bailaba con mayor rapidez. Pero las espinas de la zarza despedazaban el andrajoso vestido del judío, le desollaban el rostro y le llenaban el cuerpo de sangre.

—¡Oh! exclamó, ¿qué música es esa? Calla tu violin. ¿No ves que no quiero bailar?

Pero el muchacho pensaba entre sí:—Tu has desollado á bastante gente, que te desuelen á ti las espinas.

El judío saltaba mas alto cada vez y los pedazos de su vestido quedaban colgados en la zarza.

—Desgraciado de mí, exclamaba; te daré lo que quieras si dejas de tocar. Te daré una bolsa llena de oro.

—Ya que eres tan generoso, dijo el muchacho voy á dejar de tocar, pero no dejaré de decirte aunque sea en cumplimiento que bailas á las mil maravillas.

Con estas palabras cogió su bolsa y continuó su camino.

El judío le vió partir y cuando le hubo perdido de vista se puso á gritar con todas fuerzas.

—¡Músico miserable! ¡Violin de taberna! Como tellegue á coger no has de encontrar tierra por donde correr. ¡Maldito canalla! ponte cuatro maravedís en la boca si quieres valer dos cuartos! Y añadió todas las injurias que le dictaba su imaginación.

En cuanto se calmó un poco corrió á la ciudad mas cercana á buscar á la justicia.

—Señor dijo al juez apelo á vuestra rectitud. Mirad como me han robado y maltratado en el camino real. ¡Las piedras del camino tendrían compasión de mí! ¡Mis vestidos rotos! ¡Mi cuerpo desollado! ¡Mi bolsillo y mi dinero robado! ¡Unos duros nuevecitos mas hermosos los unos que los otros! ¡Por amor de Dios prended al culpable!

—¿Es alguno el que te ha puesto así á sablazos? le preguntó el juez.

—No tenia espada, dijo el judío; pero llevaba una cerbatana á la espalda y un violin al cuello. Es bien fácil de conocer el malvodo.

El juez envió sus gentes en persecucion del culpable: el bravo muchacho habia andado de aquí para allí por el camino: no tardaron en dar con él y le encontraron encima el bolsillo lleno de oro. Cuando compareció delante del tribunal:

—Yo no he tocado al judío, dijo, ni le he cogido su oro; me le ha dado él voluntariamente porque callase mi violin cuya música le desagradaba.

—¡Dios me proteja! exclamó el judío, coge las mentiras al vuelo como las moscas.

Pero el juez no quiso creerle diciendo:—Esa es muy mala defensa, los judíos no dan su dinero sin mas ni mas.—Y condujo al muchacho á la horca como ladron en despoblado.

Cuando le conducian al cadalso, le seguia el judío gritando:—¡Canalla! ¡Músico del infierno, ya vas á pagar lo que mereces.

El pobre chico subió la escalera al lado del verdugo con la mayor tranquilidad, pero al llegar á el último escalon se volvió y dijo al juez:—Concededme una cosa antes de morir.

—Te la concedo contestó el juez con tal que no sea la vida.

—No os pido la vida, le respondió el joven, permitidme solamente tocar por última vez mi violin.

El judío dió un grito de dolor.—¡Por amor de Dios, no se lo permitais, no se lo permitais!

Pero el juez le replicó:—¿Por qué no darle este último gusto?—Además que no podia negársele por el don que tenia el muchacho de hacerse conceder todas sus peticiones.

El judío exclamó entonces:—¡Atadme, atadme bien!

El joven cogió su violin y al primer golpe del arco todo el mundo comenzó á moverse y á menearse incluso el juez, el escribano y los criados del verdugo y se cayó la cuerda de las manos del que iba á atar al judío. Al segundo golpe todos comenzaron á saltar y á bailar, estando á su frente el juez y el judío que saltaban mas alto que los demás. El baile se generalizó por último bailando todos los espectadores gordos y delgados, jóvenes y viejos, hasta los perros se levantaban sobre sus patas traseras para bailar tambien. Quanto mas tocaba mas saltaban los bailarines: las cabezas chocaban entre sí y la multitud comenzó á gemir tristemente. El juez perdido ya el aliento no pudo menos de decir.

—Te concedo el perdon pero deja de tocar.

El buen muchacho se colgó el violin al cuello y bajó la escalera. Se acercó al judío que se hallaba en el suelo procurando recobrar el aliento.



Visita de Motezuma á Hernan Cortés.

—Pícaro, le dijo, confiesa ahora de donde te viene tu oro, ó sino cojo mi violin y vuelvo á tocar.

—Le he robado; le he robado, contestó el judío, y tú le habías ganado bien.

De lo que se siguió que el juez prendió al judío y le mandó ahorcar como ladrón.

GRIMM.

CONOCIMIENTOS CIENTÍFICOS.

La materia colorante *verde* de los vegetales, que sospechamos ser una mezcla de moléculas amarillas, y de moléculas que han llegado al color azul, sufre diversas alteraciones en su estado y por consiguiente en su coloración; cuando la parte colorada vegeta con alguna languidez. En estas circunstancias aseguran los químicos, que las coloraciones particulares que sobrevienen son el resultado del oxígeno; cuando son únicamente debidas al cambio de estado del fuego fijado de aquella materia colorante, cambio que puede ser operado por el influjo de la luz, y que puede serlo también por la de la acción del *fuego fijo acidificado*, como lo prueban los experimentos hechos sobre los colores vegetales, por medio de los ácidos nítricos ó muriático, llamados oxigenados experimentos que los químicos, reconociendo el hecho, atribuyen al oxígeno, siendo así que pertenecen realmente á la misma acción del ácido, ó del fuego fijo acidífico que forma su base. Así, pues, cuando la materia colorante verde de que hablamos se halla en una planta ó en una parte de planta que cesa de vegetar ó que

se amortigua, no recibiendo ya suficiente nutrimento, aquella materia sufre entonces alteraciones proporcionadas en la combinación de sus principios constitutivos; lo cual cambia su naturaleza y sus propiedades colorantes. En esta circunstancia, el color verde de la planta ó de la parte de planta de que se trata, desaparece insensiblemente, y se convierte en otro color relativo al grado de alteración que ha sufrido la materia colorante del vegetal y á la naturaleza de su jugo.

El calor es tan útil ó tan necesario para la vegetación, que en invierno, en el cual en nuestros climas aquel es sumamente débil, la vegetación parece totalmente suspendida; de modo que muchos vegetales parecen muertos. Efectivamente, entonces muchas plantas igualmente que muchos árboles, arbustos y sub-arbustos pierden sus hojas, y muchas otras, como las plantas herbáceas de raíz vivaz pierden su tallo. Sin embargo, en tales circunstancias no se halla enteramente suspendido el movimiento de los fluidos de aquellos vegetales, pues hay muchos que prueban todavía la existencia: á pesar de esto, el calor de los medios ambientes es en tales términos el principal motor, y quizás el único activante de la vegetación, que toda planta, sino perece, á lo menos se amortigua cuando aquel es muy débil: y hasta se puede asegurar que todo ser vivo perecería muy luego, si pudiese existir un instante en el cual, en alguna parte de nuestro globo, el calor fuese absolutamente nulo.

PENSAMIENTOS.

¡Sed tolerantes!: si Dios lo hubiese querido, todos los habitantes de la tierra habrían seguido su ley.

El Coran.

¡Nunca hagas apuestas!: si sabes que has de ganar, eres un pícaro; y si no lo sabes, eres un loco.

El verdadero modo de vengarse de un enemigo, es no asemejarle.

Marco Aurclio.

La sencillez se hace respetar; la familiaridad se hace despreciable.

Mirabeau.

Las vicisitudes y las revoluciones son leyes permanentes de la naturaleza.

El gran Federico.

Toma consejo de uno que sea superior á tí y de otro que te sea inferior, y luego forma tu opinión.

Proverbio árabe.

La perversidad hace el mal; la debilidad lo consiente; la ignorancia lo aplaude.

Say.

Un necio no es mas que fastidioso; pero un pedante es insoportable.

Napoleon.

Por todo lo no firmado J. GASPAR,
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, Pasa-
saje de Matheu.

En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.